

Nuestra ilustradora: arteterapia y periodismo de guerra de Marta Morón

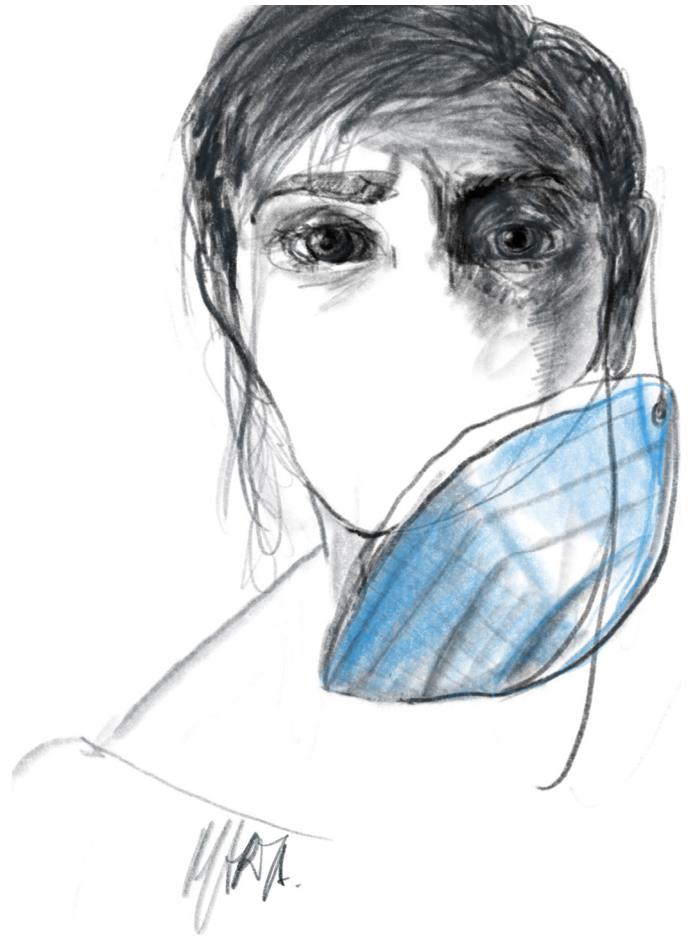
María Luisa Rodríguez Muñoz*

Y así le fue arrancando patitas hasta que no le quedó ninguna a la pobre araña. Al llamarla esta vez, no se movió. Y el científico anotó en su libreta: «las arañas sin patas son sordas».

ANÓNIMO

Les escribo un 12 de julio escuchando en la radio las noticias funestas de la evolución de la pandemia en Latinoamérica. Remuevo el café frío en mi cabaña del síndrome y miro el sol tórrido de Córdoba por la ventana. Ayer, una amiga me contó que sabemos poco de lo que está ocurriendo allí. Vive descoyuntada, con el corazón al otro lado del Atlántico y el teclado en Sevilla. Su voz suena preocupada a pesar de su timbre cascabel; es el mismo tono que mis padres empleaban para transmitirme calma cuando estaban tratando de tapar con su cuerpo adulto los sinsabores que me aguardaban al otro lado del umbral de la puerta. Pero yo siempre sabía que estaba pasando algo. Lo malo es una piedra que cae en el estanque del cerebro reptiliano y genera ondas expansivas antes de lanzarse.

La «nueva realidad» está hecha de estas ondas. Salgo a caminar bien temprano en una ciudad de ojos en movimiento, con puntitos de luz y canicas mate. He escuchado críticas sobre el «bozal» como un uniforme de masas anestesiadas que hace sentir a muchos alienados, pero a mí me produce el efecto contrario: cada vez que me calzo la mascarilla me dan ganas de hacer una pintada en la puerta de un banco o romper algún cristal de Hacienda, y rebobino en mi cabeza escenas de *V de Vendetta*. Creo que es, precisamente, el instrumento más útil con el que reivindicar nuestra libertad para seguir conquistando el espacio urbano, lograr nuestra dosis de vitamina social y llenar los bolsillos rotos. Cuando regreso a casa y termino el ritual de desinfección, observo la mascarilla por dentro y vuelco en la mesa todas las sonrisas y lágrimas que se quedaron atascadas en su red para recomponer el mapa de mi nueva rutina e idear con el material recabado historias de beduinos sin mapa en el desierto. Así parece que asimilo mejor la relatividad de todo. Hace pocos meses, este bien tan denostado era un artículo de primera necesidad que escaseaba, incluso en los hospitales. Son muchos los que han albergado escenarios más propios de un enfrentamiento bélico, con pacientes tirados por el suelo, unidades de campaña, recuento diario de bajas y racionamiento de material. Marta Morón los colorea: guantes, gorros, batas y mascarillas. Eran oro. Aplaudíamos a los que entraban en batalla a pecho descu-



bierto con un kit de supervivencia de bolsas de plástico y agua bendita. Ahora los ciudadanos de a pie tenemos para aburrir y preferimos colocarlos en la estantería de los libros bonitos que nunca se leerán, posiblemente porque la memoria de muchos es evitativa: la guerra no ha acabado, pero bajan los niveles de cortisol mirando para otro lado, bordeando el dolor que supone ver la enfermedad en la mascarilla del prójimo.

Por mi experiencia sé que la vida no funciona así, salvo en un mundo a lo Woodstock, que también acarrea consecuencias. Las vivencias traumáticas tienen más bien pinta de maestra decimonónica, de las que repiten la lección en bucle y te imponen un castigo en caso de fallo, hasta que la letra entra. Si borramos el chip completamente y nos lanzamos al verano de brillos y mares de sangría, posiblemente acabemos con dolor de rodillas y manos marcadas. Por eso, a pesar de que el confinamiento ha pasado, no he querido que nadie escape a la alerta por covid en el primer *Panace@* del 2020 a través del trabajo de Marta. Nuestra ilustradora elaboró sus dibujos para regalárselos a los pacientes que estaban aislados en el Hospital Reina Sofía por es-

* Traductora-intérprete jurada y profesora de Traducción e Interpretación, Universidad de Córdoba (España). Dirección para correspondencia: mlrodmun@gmail.com.



ta enfermedad, para que, aparte del tratamiento médico, no faltase el bálsamo del espíritu. Muestran escenas diarias de lucha y de injusticia, con introyecciones de cultura popular. Tienen un tono costumbrista que hace que uno las admire despreocupado, cautivado por la belleza y la elegancia del trazo, pero el cuento lleva moraleja y punza el estómago. Su arte es de una sensibilidad auténtica que no huye del drama, sino que lo mira directamente a los ojos proyectando la cara real de la intrahistoria que se cuele en las grietas de los grandes relatos.

Sobrecogedoras son las miradas de sus sanitarios porque su lírica sangra: desde la guerrera que caza el virus hasta el ejército que se tapa las partes pudendas a duras penas, como si estuvieran en un barracón enemigo, pasando por la fuerza de la boxeadora, el esfuerzo titánico del andador humano que carga a la anciana o el hombre sin labios. Hay mucho de Goya en la escena que representa el descanso del guerrero, en la que un médico mira hacia el cielo, como pidiendo un milagro. Son rostros tremendamente expresivos, en los que te detienes por horas, que marcan la crudeza de la situación y la humanidad de cada personaje. Saben que sin coordinación y aliento colectivo no llegan a ningún lado, como en el caso del *castellet* en el que la enfermera que alcanza la cúspide otea el horizonte, intentando alertar sobre un barco enemigo, o el de los investigadores que han elegido vivir en los cráteres del propio virus, con sueldos que cortan los ojos de solo leerse.

«Lo importante es que todo esto no se olvide», me dijo Manuel Marcos cuando yo valoraba cómo ilustrar el próximo

número. «¿A qué te refieres?». «A que el dolor no se olvide. Primero vino Rembrandt; luego, Turner, Picasso y Botero. La humanidad necesita artistas así que sigan en alerta, como Pepitos Grillo».

Evocaba precisamente esta conversación mientras leía en el muro de Berna Wang que ayer una médica de Urgencias se quitó la vida en Nueva York. El artículo describía un antes y un después de la masacre en la vida de Lorna Breen y las secuelas psicológicas que sufren a los que se les pide ser héroes y heroínas. Me vino la imagen de la enfermera coronada de Marta que aplasta el coronavirus cual madona descalza sobre la serpiente del mal. Empecé a tener náuseas al seguir hacia abajo los latigazos de espiral de tinta de *The New York Times*.

En medio de nuevos rebrotes, el personal sanitario de todo el mundo no quiere ni un santoral ni un olimpo. Prefiere que nos quitemos la mascarilla de los ojos, abramos la boca y exijamos una sanidad pública de calidad. Con tragedias programadas, los laureles les saben amargos.

Información de la artista

Marta Morón Canis

Profesora de Dibujo Artístico en la Escuela de Arte Mateo Inurria, Córdoba.

Sitio web: martamoroncanis.com

Correo electrónico: martamoroncanis@gmail.com